

EL TESTAMENTO DE FRANCO COMO PIEZA LITERARIA

por JOSE MARIA GARATE CORDOBA
Coronel del Servicio Histórico Militar

La última pieza literaria de Franco es su testamento, magistral coronación de toda su obra histórico-política, pero también de su literatura, que si aquí no es expresamente militar, tiene ese inconfundible corte en la sobriedad de frases y conceptos. Su esquema, planteamiento y redacción, son de una extraordinaria lucidez, muy inspirada, pese a estar escrito cuando la garra del infarto le había herido por primera vez.

El control remoto del corazón de Franco había acusado unos fallos y su médico le hizo interrumpir el consejo de ministros que presidía. Era del 17 de octubre. Muy a medias guardó el reposo absoluto y sin preocupaciones prescrito, porque «tenía algo urgente que hacer». Su esposa le aconsejó retirarse a descansar y él le dijo: «Cuando acabe lo que tengo que escribir». Entró en su despacho y tomó un lápiz, acaso un *faber* negro como el del borrador del parte de la paz. Sólo escribía a lápiz desde que se le agudizó su enfermedad, para poder borrar y repetir las palabras que el temblor de Parkinson hubiera hecho ilegibles. Escribió el testamento y lo dejó sobre la mesa, sin decir nada a nadie. Días después, al despedir a su hija, le advirtió que *si le pasaba algo*, sobre la mesa encontraría unos folios que debía entregar al Presidente del Gobierno.

La noche del 19 de noviembre, cuando los médicos se dieron por vencidos, recordó Carmen los folios de su padre y se lo dijo a Suanzes, capitán de navío, ayudante de servicio entonces. Entraron ambos en el despacho y allí vieron el testamento, escrito a lápiz, con pulso tembloroso, con las frecuentes tachaduras y correcciones habituales en sus autógrafos. La hija los pasó a máquina en la de Lozano Sevilla, el taquígrafo del Caudillo. Lo hizo con lágrimas y con dificultad, por causa de la emoción, la mala letra y su poca práctica mecanográfica. Al terminar, llamó al presidente Arias y le entregó el testamento que horas después leería a los españoles con emoción mal contenida. Gracias al testimonio personal que amablemente me remitió el general Cano, ayudante honorario del Caudillo, rectifico con esto la versión difundida por la prensa, sin grandes variaciones en lo sustantivo, aunque algo más romántica.

Despedida:

Al llegar para mí la hora de rendir la vida ante el Altísimo y comparecer ante su irrevocable juicio, pido a Dios que me acoga benigno a su presencia, pues quise vivir y morir como católico. En el nombre de Cristo me honro y he sido mi voluntad constante ser hijo fiel de la Iglesia, en cuyo seno voy a morir.

Pido perdón a todos, como de todo corazón perdono a cuantos se declararon mis enemigos sin que yo los tuviera como tales. Creo y deseo no haber tenido otros, que aquellos que lo fueron de España, a la que amo hasta el último momento y a la que prometí servir hasta el último aliento de mi vida, que ya sé próximo.

Quiero agradecer a cuantos han colaborado, - con entusiasmo entrega y abnegación, - en la gran empresa de hacer una España unida, grande y libre.

Por el amor que siento por nuestra Patria, os pido que perseveréis en la unidad y en la paz, y que rodeéis al futuro Rey de España, D. Juan Carlos de Borbón del mismo afecto y lealtad que a mí se habéis brindado, y le prestéis en todo momento el mismo apoyo de colaboración que de vosotros he tenido.

No olvidéis que los enemigos de España y de la Civilización Cristiana están alerta. Velad también vosotros, y para ello deponed, frente a los supremos intereses de la Patria y del Pueblo Español, toda mira personal.

No cejéis en alcanzar la justicia social y la cultura para todos los hombres de España, y haced de ello vuestro primordial objetivo.

Mantened la unidad de las tierras de España, exultando la rica multiplicidad de sus regiones como fuente de la fortaleza de la unidad de la Patria.

Quisiera en mi último momento unir los nombres de Dios y España, y arrazares a todos para partir juntos por última vez, en los umbrales de mi muerte:

¡España España! ¡Viva España!

El testamento de Franco mecanografiado por su hija Carmen. Obsérvense las comas añadidas a mano.

No es ésta la ocasión de ahondar en el análisis psicológico ni literario del testamento de Franco. De excelente arquitectura ideológica, contiene, inevitablemente, los sentimientos del hombre ante la inmediata presencia de Dios, al que pide clemencia, pero sin olvidar ni un momento su responsabilidad ante la historia pasada y futura ni la ocasión de prestar un último servicio a España, «después de muerto», pues para entonces escribía. Predomina en él un sentido teológico cristiano de fe y esperanza; místico y ascético, de presencia de Dios y aceptación de la muerte, de examen de vida y contrición: pedir perdón y perdonar. Pero en este punto, respondiendo a su firme ordenación mental, hace el quiebro literario de pasar del tema religioso al patriótico, y así piensa que no ha de perdonar a más enemigos que a quienes lo fueron de España, pues no cree ni desea haber tenido otros. Porque a los demás, aunque lo declaren, no los ha considerado como tales. Ese desear en pasado, es de una gran elegancia clásica.

Con ello ya se ha enlazado la profesión de fe y el patriotismo, los dos amores de su filosofía de la vida; el segundo se expresa incluído en un discreto recuerdo a su jura de bandera, siendo niño, no «hasta la última gota de la sangre», sino «hasta el último aliento de mi vida, que ya se próximo». Tras esto, abstrae todo lo personal. Ya ha hecho donación de su vida, y pasa a expresar sus últimas voluntades. La unidad es como un retornado que iniciara y cierra el párrafo central de los tres. Y esa unidad de hombres y tierras la pide —por su amor a España—, para el nuevo Rey, su gran donación, y que se le asista con la misma colaboración que él ha recibido y agradece.

Su aviso del peligro futuro, tiene algo de religioso y patriótico a la vez, un patriotismo sublimado hacia lo universal, en cuanto que se refiere a velar frente a los enemigos de «la civilización cristiana», que es la nuestra, pero también de todo el occidente. El subconsciente le ha inspirado reminiscencias evangélicas de la despedida de Cristo: «Velad también vosotros, porque el enemigo está alerta». Con ello vuelve a su preocupación por los españoles, ahora por los más necesitados de justicia social y de cultura.

Ya está completo su ideario: Religión, Patria, unidad, justicia social y cultura. Sólo le falta la poesía final del sentimiento moribundo, un escape al amor, abrazar a todos los españoles para elevar a España, juntos en el abrazo. Un «arriba España» hecho forma y materia metafórica.

No hay aún perspectiva para juzgar un testamento así, cuyo valor está por encima de su literatura y aún de sus ideas, pero habría que considerarlo en lo místico y en lo político, en la reflexión y el sentimiento, en ese sintaxis serena, depurada, que da sabor clásico a una pequeña pieza escrita sin regodeos vanidosos, «puesto ya el pie en el estribo, con las ansias de la muerte», en los umbrales de la eternidad: «a la hora de rendir la vida ante el Altísimo y comparecer ante su

inapelable juicio». ¿Quién tendrá valor para juzgar hoy una obra tal con remilgos hipercríticos? El lector más ignorante y el más sabio, sienten ante ella el temblor del alma en la mano que la escribió y, al leerlo, sienten temblar la suya. ¿Puede pedirse mejor literatura que la que es capaz de transmitir ese anímico temblor?